

# EXCELSIOR Sangre en Argentina

**G**RAVE en sumo grado es la noticia de que 30 personas fueron acribilladas a fines de la última semana en un suburbio desolado de la capital argentina, mientras otras versiones, no confirmadas suficientemente, indican que otros 17 individuos cayeron en la localidad de Lomas de Zamora, en la provincia de Buenos Aires.

Tal hecho es revelador del drama que en el país del Plata se desenvuelve desde hace muchos meses —e incluso desde hace años— a instancias de una violencia que de día en día cobra víctimas, mantiene a todos en tensión constante, y ofrece al exterior la imagen de una nación que no puede dar de sí cuanto es capaz, porque la sombra ominosa de la violencia paraliza lo mejor de sus energías.

Es lamentable que eso ocurra en cualquier parte del mundo, y lo es acentadamente en Argentina, en donde hay vastos recursos naturales y humanos que podrían hacer de ella una gran potencia, con un porvenir vigoroso y cabalmente asentado. No es así, empero, y los frutos del desquiciamiento

que hoy se vive están demasiado a la vista para que puedan ser ignorados por nadie, o minimizados por alguien, cuando la sangre corre, las instituciones se quebrantan, y la paz no retorna a un suelo que desde tantos puntos de vista es verdaderamente promisorio.

Acaso es preciso pensar en lo que ocurre en Argentina, como en una realidad que se ha hecho trágica en virtud de que la democracia se deterioró al calor de la demagogia, y porque la prédica de la violencia —en la derecha y en la izquierda— acabó por ser admitida plenamente como instrumento de lucha y como herramienta para enfrentar los problemas, en vez del debate sereno, del diálogo y de la confrontación civilizada.

Al hacerse añicos la democracia, intereses nativos y acaso extranjeros han ensombrecido todo, lo han llevado hasta el extremo de un acoso feroz, y han mostrado —como una lección sombría— que cuando se pierde el equilibrio nacido del derecho y de la libertad, un país está expuesto a todos los riesgos políticos y sociales.

EL DÍA  
para  
control  
de Ud.

## Ad Majorem Dei Gloriam

En las cuatro últimas semanas, los cristianos hemos hecho mas que en decenios por glorificar el nombre del Señor. Hemos dado testimonio de sangre para proclamar nuestra fidelidad a Cristo. Y no poca sangre, ciertamente. Puede decirse que la presentación de nuestro testimonio requirió el derramamiento de tantos litros de sangre como nunca se habían derramado antes, ni siquiera reuniendo en un solo tanque, toda la vertida en los altares de Huitzilopochtli o en las arenas del circo romano.

Y lo mejor de todo es que no fue sangre de cristianos, sino de infieles. Les hemos dado muerte y los hemos quemado como animales. Hicimos con ellos una buena pira, cuyo aroma seguramente subió rectamente al cielo y fue grata al olfato de Dios. Como los sacrificios que hacía Abel.

Agosto de 1976 debe inscribirse en dos mil años de historia del cristianismo con letras del oro mas fino que pudiéramos conseguir. (Qué bellamente simbólico hubiera sido tomar ese oro arrancándolo de los emplastos molares de esos perros infieles. Pero —¡rayos!— se nos olvidó el detalle).

A principios de mes, matamos en Tal Zaatar —allá en Beirut— más adoradores de la Media Luna que cuantos los guerreros cristianos lograron destripar durante la época de las cruzadas. Ni siquiera tuvimos que depender de estimulantes como los que tomaba Constantino para imaginarse aquello de que *In hoc signo vinces*.

Nosotros sabemos exactamente lo que tenemos que hacer, en cualquier lugar del mundo, sin necesidad de otro impulso que una orden de nuestros dirigentes. Nuestra misión es una sola en la redondez de la Tierra: matar comunistas. Porque en Tal Zaatar había musulmanes,

pero también eran comunistas. Jamás el diablo había logrado peor combinación: ¡Imagínense: un musulmán comunista! Doblemente satánico, ¿verdad? Doblemente urgente matarlo. Y los matamos. A todos, exactamente. También a los niños que ya gateaban y a los niños que aún estaban en el vientre de sus madres. Eran comunistas congénitos. La sangre ya se secó pero aún huele, Y huele bien. Es un aroma que asciende hasta las regiones celestiales, donde nos espera la gloria eterna, al lado del Hijo de Dios.

¡Y lo que acabamos de hacer en Buenos Aires! Entre el 19 y el 20 de agosto organizamos la más hermosa de las matanzas. Cuarenta y siete comunistas —“Hijos del diablo”, los había llamado en julio monseñor Biondi, el santo asistente eclesiástico de las fuerzas armadas—, ¡Cuarenta y siete de una sola vez!

Los juntamos —no nos costó trabajo, porque nuestros hermanos militares los tenían a disposición en la cárcel—, los sacamos a las orillas de Buenos Aires, y en nombre de Jesucristo y de la Virgen María, les vaciamos peine tras peine de ametralladora, hasta que no quedó vivo uno solo.

Pero eso no era bastante. Aún faltaba el toque de la santa ira cristiana: les amarramos explosivos a los cadáveres, y luego ¡bum! Pedazos de entrañas y de músculos, ojos como uvas aplastadas, manos incompletas, cráneos estallados. En fin, un hermoso conjunto de deshechos, que subió violentamente al cielo, como una ofrenda que nosotros queríamos depositar a los pies de Cristo.

En verdad, los cristianos estamos haciendo ahora bastante más por la gloria de Dios que en muchos años. Desde la Edad Media.